



CAPÍTULO PRIMERO

Noche de fiesta

EL 18 de Mayo cumplía veinticinco años María Aubryet, hija única, y con tal motivo estaba de fiesta la casa de su madre, Laura Montmelian, la sola propietaria, desde la muerte de su marido, de los inmensos almacenes del *Nuevo París*, que hacen esquina al boulevard Montmartre.

Los lujosos salones del hotel particular, calle de Borgoña, ocupaban todo el piso bajo, y tenían vistas sobre un parque admirable, en que los tibios rayos de una luna primaveral contrastaban con los de las linternas rojas colgadas de los árboles. La orquesta estaba sobre una florida terraza.

—Queremos perfumar los walses—decía melancólicamente la señora de la casa, que gustaba de añadir al sentimiento neto de las cosas un romanticismo característico.

Era esta señora, Laura Montmelian, mujer de unos cincuenta años, todavía bonita, unas veces im-

petuosa, otras lánguida, según quien fuese su interlocutor, de talle mediano, nariz un poco grande y delgada, cabellos de un gris vaporoso y en medio de los cuales temblaba un penacho plateado ya, ojos azules, grandes, pero sin expresión, manos bien cuidadas y finas, de que su ama estaba orgullosa.

Aunque buena comerciante, archimillonaria, y vestida por los mejores modistos, era teóricamente socialista, desoiosa de admirar, de asombrar á las pobres gentes y de retenerlas con su ostentación. Se rodeaba de inferiores, soportaba mal á sus iguales y detestaba á la aristocracia, en la cual veía una superioridad lejana y sorda.

La llamaban «La Intempestiva».

Vivamente agitada bajo su vestido blanco con bandas de oro, recorría sus salones medio á tropezones, precipitadamente, se ocupaba, al paso, de cada uno de sus numerosos invitados, los empleados superiores de sus almacenes, las mugeres é hijos de estos empleados. de quienes ella era la providencia irritable y ostentosa. Su pasión verdadera y manifiesta era su hija María, heroína modesta de la función de aquella noche, señora un poco grande de más, de cabellos de castaño claro, ojos largos y ardientes, casada desde hacía dos años con Francisco Aubryet, el hijo del dramaturgo, y desde hacía seis meses desgraciadísima en su vida matrimonial.

María aguardaba con angustia á su marido, á quien ella creía amar aún, pero que ya no le amaba, y que no acababa de llegar. Ella sabía lo que le retenía lejos de allí y pensando en ello, abstraída, casi desvariaba, pareciéndola hallar en cuantos la rodeaban una aparienciá de fantasmas; á la vez

que en sus cuerpos, en sus facciones oscuras, figurábasela distinguir los vicios y las virtudes de cada uno, como si un don especial la permitiera adivinarlos.

No podía soportar en aquellos momentos más que á una persona, al pintor español Ignacio Sallentés, su amigo y el amigo de su marido, hombre de corazón exquisito, de sensibilidad genial, que vivía en su intimidad. Éste conocía su pena y no la interrogaba. Dirigía hacia ella con disimulo sus miradas indulgentes y penetrantes, en tanto que rizaba con los dedos su barba ya gris (aunque no contaba más de cuarenta años), que alargaba su rostro delicado. Tenía el pintor, viéndola sufrir, la convicción de que la amaba, de que la amaría siempre en silencio y con toda su alma.

Estaban ambos de pié, uno detrás de otro, frente á la puerta, por la cual entraban de tiempo en tiempo los retrasados.

—Trae usted un bonito vestido—la dijo Ignacio con su voz un poco gangosa—A mí me gusta el rosa cuando es muy ligero, como en los nudos de los peinados de los Infantes de Velazquez.

—Yo me burlo de mi *toilette*, Ignacio—replicó María tristemente. Después de un rato de silencio añadió:

—Estoy completamente segura de que él va á entrar de un momento á otro con esa infame Juana y su madre... Se aproximará á mí... Se escusará con su sonrisa de mentiroso. Inventará un enredo, no importa cual... ¡Cuando yo pienso que de todo esto tiene la culpa mamá!...

—¿La de V.?

—La mía, sí. Si ella no hubiera conservado sus

relaciones con esa vieja vagabunda de Sofía Verneuil; si ella no hubiera adoptado á Juana...

—Pero una vez que la Verneuil la confió su hija Juana, cuando ella marchó á las Indias con el duque de Fonteroy...

—Mamá no tenía más que haberse negado, y nó elevar al lado de su propia hija una desconocida. Pero mamá aún ignora á la hora presente lo que es Juana, como ignora y niega lo que es Sofía, bajo el pretexto de que ésta es una amiga de la juventud. Está ciega, ciega voluntaria, se lo repito á V....

—Y V. María, mi querida María, tiene demasiada imaginación. Déjeme hacerla observar que Francisco puede tener un capricho...

Ignacio iba á continuar defendiendo á su camarada, pero una mirada profunda de resignación de María, le heló las palabras en los labios. En este momento se aproximó á ellos un viejo encorvado, con cabeza de caballo y cara completamente afeitada, que dijo familiarmente á María.

—Tú no bailas, y no parece que te diviertes.

—No, Ursneur, no bailo, y, en efecto, no me divierto tampoco.

—Sin embargo, esta es tu fiesta.

—Tal vez por eso...

Ursneur era viejo, una ruina de la honrada generación republicana de 1848; amigo y maestro de Montmelian, el marido de la bella Laura, él le había aconsejado la fundación de una asociación socialista, la cual, por la fuerza de las cosas y la degradación de las utopías, se había transformado en un almacén de novedades, el «Nuevo Paris». El apostolado filantrópico había dado por resultado esta fortuna individual, esta nueva explotación.

Más tarde, fiel á sus primeras ilusiones, pero muriéndose de hambre, Ursneur había aceptado en la colosal y floreciente administración del negocio de su amigo, una plaza de cajero inspector. Laura Montmelian era su ídolo; pero ella le zahería y le maltrataba, lo que, fiero y salvaje como era, le irritaba, aunque pasajeraamente.

Después de un instante se alejó cabeceando, y los hermanos Charamol, y Mina, le reemplazaron cerca de María.

Diputado, ex-ministro caído en desgracia, Gustavo Charamol había guardado de su acceso á los grandes negocios públicos, el hablar breve, autoritario y el gesto demostrativo y concluyente. Era el tipo del maestro de escuela ó del profesor de filosofía por clases nocturnas. Su figura áspera y barbuda había adoptado una especie de mofa ó sonrisa burlona, que había pasado por señal de talento mientras ocupó el poder, y de maldad biliosa cuando, cerca de los cincuenta años, le había perdido. Había figurado en tantas historias oscuras, que había concluído por criar concha, como las tortugas, y ninguna habladuría penetraba en él. Blasonaba de un materialismo á la vez irónico y decisivo, y de tiempo en tiempo publicaba, bajo un título pomposo, una aburrida colección de discursos vacíos. Su brusquedad, su viveza de genio le imponían, así como su legendaria destreza en manejar la espada. Era en suma un despreocupado, que se había hecho una máscara de victoria, y no se la quitaba. Había sabido captarse la confianza de Laura Montmelian, como se hubiera captado una herencia, y la explotaba hábilmente con los pretendidos préstamos humanitarios que lisonjeaban la vanidad de la donante, con las confidencias,

por demás cónicas, murmuradas vivamente entre dos puertas ó dos contradanzas, ó al retirarse de la mesa.

Se decía de él: «Este es un medio soldado que nunca ha estado en la guerra». Pero sus aires doctorales y bravucones le aseguraban la admiración de las mugeres y la simpatía de los débiles y de los cobardes. Atravesaba la vida y la sociedad con paso cauteloso, siempre alerta, cubriendo sus rapiñas, de un excepticismo duro, sus desilusiones, de un barniz de odio, y asiéndose á sus relaciones como á una boya de salvamento. Frecuentemente, en efecto, estaba á punto de ahogarse, pero siempre lograba preservar la cara.

Roberto Charamol, su hermano, vivía á su sombra, y seguía sus huellas recogiendo las migajas de su autoridad parlamentaria y de su consideración social. Diez años más joven, exajeraba su tipo y sus manías, doblaba el largo de su barba y la nerviosidad de sus discursos, aparecía en todo como su caricatura. Patrocinado por el ministro de la Guerra, se ocupaba en fortificaciones, y, en el orden civil, de arquitectura. Esto no le había impedido casarse con Mina Murrelthier, hija de un repugnante isrealita berlinés que dirigía una agencia antifrancesa de informaciones políticas, ante-sala de una obscura oficina de espionaje internacional.

A Mina Charamol, larga, delgada y rubia, con una figura cansada, le gustaban las habladurías avivadas con perfidias. María Aubryet temía ya su invariable cuestionario:

—Francisco no está?—Sus ojos brillaban saboreando alguna querella conyugal.

—No lo ves?—decía su marido.

—Salta á la vista—añadía su cuñado, que lo arreglaba todo con una chanza.

—Usted sabe, María, que me debe V. un wals; esto es de tradición—proseguía Gustavo Charamol. Pero luego tenía que apartarse ante Pablo de Fonteroy, hijo del duque de Fonteroy, personaje grotesco, enclenque y maniático, avaro, enamorado de quimeras de fraternidad universal, que juntaba con la democracia en volúmenes de versos compactos y detestables; ante Pedro Froncín, jefe de oficina en Instrucción Pública, figura dolorosamente enfurecida, y su mujer, la pretenciosa é infiel Mariana; en fin, ante el dibujante Enrique Saverne, de cabeza negra y regular y de pecho hundido, con las manos velludas y huesosas y los ojos crueles.

Sin que ella analizara la razón, este buen mozo seducía á María, la dominaba con su mirada tenaz y penetrante. Ella sabía que él conocía su historia íntima, sus tristezas, y la hubieran gustado sus consuelos. Su piedad atrayente, así que él llegaba, la arrastraba con algo de encanto sensual hacía este personaje morboso. La razón de los éxitos de Enrique Saverne entre las mugeres era su extraordinaria audacia. Había aprovechado un medio atropello para rozar con sus labios, casi delante del marido, las redondas espaldas de Mariana Froncín.

Después de saludar á María retuvo largamente en su mano los pequeños dedos de ella diciéndola:

—¡Oh, que lindas manecitas, como me gustaría hacer su retrato!

Luego no insistió, sabiendo que es el fugitivo quien se graba en la memoria. Ignacio había sorprendido un estremecimiento en la jóven y se decía: «Es curioso; se desespera de estar abandonada

por Francisco, y Saverne en el fondo no la disgusta».

Una mano tocó en sus espaldas y él se rodeó á ver quien le llamaba. Era Francisco Aubryet, que, por fin, llegaba. Sus ojos grises y cansados parecían los de la falsedad, los de la mentira. Su boca delicada, bajo la nariz fina y larga, tenía un pliegue de amargura, de irremediable languidez y de ironía. Sus cabellos oscuros y espesos, algo rizados, peinados con esmero, limitaban una hermosa frente precozmente arrugada—Francisco tenía treinta años—y contrastaban con la barba lacia y pobre. El conjunto de su figura era elegante, con algo de cansancio, como si la mitad de la vida indispensable al desarrollo de la energía, hubiera sido consumida por sus antepasados.

—¡Ah, ya estás aquí, afortunadamente!—suspiró María. Francisco alzó las espaldas sin responder y tomando á Ignacio por un brazo,

—Ven—le dijo—tengo que hablarte.—Y se lo llevó á otra habitación, hacia las mesas puestas para cenar, lejos de la orquesta, que comenzaba de nuevo á tocar. Cuando estuvo seguro de que nadie podía oírlos, exclamó:

—¡Adios, viejo mio, me voy mañana!

—Lo dudaba—respondió simplemente Ignacio—¡Pobre María!

—Te la confío—continuó Francisco en voz baja, en que se notaba disgusto y dolor—Procura que no sea demasiado desgraciada, que quite nuestro piso y que se instale aquí con su madre.

Luego, ante un gesto del pintor, que parecía expresar duda, añadió Francisco:

—Esto ha de serlo duro, ya lo sé. Todavía me tiene... si, bien... Saverne... Si, si estoy apercebido

de muchas cosas, pequeñas cosas... ¡oh, un simple pasatiempo, sin duda!... Tú la dirás que yo la perdono. ¡Tiene ella tanto que perdonarme á mí!... Pero yo estoy loco por Juana. Tengo necesidad de su contacto, de sus sonrisas, de sus perfumes...

El deseo le hacía hasta elocuente. Su cara indecisa y borrosa se afirmaba. Sus movimientos tomaban amplitud y energía.

—Comprendo que no se te pueden hacer objeciones—le dijo Ignacio.—¿Y á donde vais?

—Muy lejos, á tu país, á España.... Tu procura estar cerca de María, que tiene una gran confianza en tí. Tu eres una parte de su antigua... de nuestra antigua dicha. Yo te suplico que no la dejes, y que la guardes de Saverne...

—¿Tienes dinero?

—Me quedan ciento cincuenta mil francos que he realizado esta tarde en casa de mi Notario. Después trabajaré. Ya veremos. María es rica. Esto desvanece mis últimos escrúpulos.

—¿Y tu madre?

—No sabe nada. Estamos desavenidos, pero la escribiré. He querido evitar los reproches, las lágrimas inútiles.

—¿Cuándo recibiré noticias tuyas?

—Todos los meses, y tú me escribirás á donde yo te indicaré.

—¿Y después?

—¿Después?... El divorcio será decretado durante mi ausencia, y entonces ya podré casarme con Juana y viviremos allá abajo, en el país del sol.

—¿De qué?

—¿De qué? Del periodismo, de los negocios, no importa de qué. Yo soy ingenioso. Ella es valero-

sa. Ya nos arreglaremos. «Haremos cultura»... Tú no ignoras que sólo creo en dos cosas: en la dicha y en la pasión. Hemos discutido sobre ésto bastante en mi casa, en las butacas de mi piso de la calle de Varennes...

—Eso, la dicha, no es un fin, es una esperanza, una ilusión para las conciencias tranquilas.—E Ignacio miró á su amigo con tristeza un poco severa.

—Juana es actualmente mi dicha—afirmó con fuerza Francisco—Si ella me traiciona un día, buscaré otra. He ahí todo. No me contendré hasta hallar... ó hasta la muerte.

—Adios, entonces, y buena suerte. Lo que os falta á todos aquí es saber rezar. Sois unas gentes muy elegantes que desconocéis la *toilette* moral.

Después Ignacio sonrió dolorosamente, volvió á su habitual escepticismo y estrechó una mano que le tendió su amigo.

Ambos fueron á perderse entre la multitud de bailaradores, cruzándose con una mujer con cabeza de vieja Juno, pintada y llena de arrugas, que acompañaba á una joven rubia y alegre, con ojos de acero y agua, labios de rosa, casi desnuda con su vestido de cuento de hadas, del mismo resplandor que un rayo de luna, y con grandes ramos de orquídeas. A pocos pasos de ellas veíase un ser inquietante y raro, brillante, diligente, demasiado brillante y demasiado diligente, de una obsequiosidad fatigante. Era Sofía Verneuil, bohemia y música, acompañada de su hija Juana, el nuevo amor de Francisco, y de su secretario Marcos Darnópolis, llamado Darnot, cuyas intenciones, cuya procedencia y cuyos orígenes no conocía nadie.

Francisco palideció ante este grupo, no ciertamente de emoción, aunque la sintiera honda, sino

porque en aquel instante vió á María por entre las parejas de bailaradores en otro salón inmediato, mirándole, observándole atentamente con expresión extraña en el semblante.

—Todo está dispuesto—dijo rápidamente á Juana—Cuando concluya la cena y en un momento de confusión, ven á buscarme al parque, avenida del fondo.

Ella pronunció un «sí» perfectamente claro, y pasó adelante, como deseosa de ir hacia otras personas.

Francisco se dirigió á Darnot, y en tono amortiguado y como con indiferencia le preguntó si estaría allá el coche.

—Perfectamente todo—respondió el «caballero de industria» sin la menor alteración en su rostro, parecido á una máscara de *caoutchouc* mojado.

—Tú te unirás á nosotros...

—En la estación; me ocuparé de los billetes, de todo. Ustedes no tendrán más que montar en el tren.

—Gracias.

Y libre de cuidado inmediato Francisco se aproximó á su mujer, que no le dejó tiempo de dar una explicación, de hablar dos palabras.

—Te suplico que me sigas inmediatamente—le dijo.

—¿Para que?—preguntó él tomando su aire mohino, aunque obedeciéndola, dominado por su decisión.

Se alejaron uno en pos de otro por entre los bailaradores evitándolos difícilmente, atravesaron un pequeño fumador y otras habitaciones en que había varios criados, subieron por una escalera interior, cuyas paredes estaban adornadas con estam-

pas y grabados que les eran familiares, y poco después María se detuvo, haciendo lo mismo su marido. Alzó la joven una colgadura, oprimió un botón eléctrico y se iluminó el vasto y lujoso recinto, que era el dormitorio de Laura Montmelian, la madre de María, y en cuyos muebles y adornos se disputaban la supremacía con igual éxito el estilo antiguo y el moderno. La cama, muy baja, rodeada de una reja de hierro forjado, estaba preparada para la noche. Sobre una mesa rústica brillaban las piezas de oro de un rico neceser. En una de las paredes veíase un retrato extravagante y vaporoso del ama de la casa y de su hija. Se conocía que el artista había querido juntar en estas dos figuras burguesas, además del amor maternal y filial, los principales sentimientos humanos y sobre-humanos. Laura adoptaba en monton todas las paradojas, todas las modas y todas las manías.

—Siéntate—dijo María con un sollozo mal contenido.

Francisco advirtió que su mujer estaba bella, con su vestido de seda rosa, y que su largo talle marcaba una línea elegante. Pero pensó que *la otra* estaba más bella aún.

—¿Con qué tú no me amas ya y quieres dejarme?—comenzó María nerviosa y agitada, haciendo pedazos, en un movimiento brusco, su abanico, que cayó al suelo.

Francisco se fijó en este detalle sin importancia.

—Qué te ocurre? Tu estás loca... Un abanico que te había regalado Ursneur... Has hecho mal en romperle...

—Si, si, deja... ¿Con qué quieres abandonarme?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Ya ves, lo sé. Puedes mentir á los demás, no

á mí. Yo lo he sabido todo al momento, desde que te has acercado á esa joven.

—¿Qué joven?

—Juana... tu querida, desde hace tres meses...

Soy resignada... ¡desde hace tres meses!

—No comprendo lo que dices.

Y Francisco se dejó caer en una butaca, tomando ese aspecto de morosidad, de abandono, sin recursos para defenderse, que María conocía bien en él. Ella entonces sintió deseos de hacerle sufrir para conseguir que reaccionara y exclamó:

—¡Pobre imbécil! Tu no sabes que Juana es una aventurera como su madre, que, como su madre, ha sido la querida del viejo Fonteroy, acaso de tu padre también, de diez más, y que es una intrigante... ¡Ah, que agradecimiento el suyo! ¡Yo la dí mis ropas; vino aquí como un ama de gobierno, menos aún: como una criada, casi; yo la enseñé ortografía, que no sabía ni eso, y ahora me paga llevándose á mi marido, robándomelo de mi casa, ante mis ojos!...

—No comprendo á que viene todo eso—repetía Francisco con una tranquilidad extraordinaria. Y sus ojos duros parecían dos piedras entre lodo.—Tú has perdido la razón; todo eso es inaudito.

—¿Qué es lo que no comprendes? ¡Pero habla!...

—rugió María irguiéndose y apareciendo enormemente grande—¡Dí cualquier cosa!

—¿Qué? No tengo nada que decir. ¿Qué es lo que hay de nuevo?—Y añadió como un paralítico, con una verdadera fatiga para articular—Nada ha cambiado.

—¡Oh, bestia, bestia!—le gritó ella entonces, sacudiéndole por los hombros, en tanto que él la mi-

raba fijamente con sus ojos redondos llenos de menosprecio y de odio.

—¿Y eras tú á quien tanto amaba yo antes, con quien tan complaciente, tan confiada fuí siempre! ¿Nó el marido, pero si el amigo, el amante, el compañero fiel que yo adoraba y sin el cual no podía pasar?... ¡Aquellos días en que ibas de caza y me enviabas cinco telegramas en doce horas de ausencia!... Acuérdate... Durante aquella pequeña enfermedad que yo tuve, tú alternabas con mamá en mi asistencia, y yo veía siempre á uno de los dos á mi lado cuando salía de la fiebre... Aquello era hermoso... ¡Y nuestros viajes por Holanda, por Alemania!... ¡Acuérdate, acuérdate de lo dichosos que eramos entonces!...

—Pues bien, ¿y qué es lo que tienes ahora?

—Tengo que tú te apartas de mí para ir á donde una mujer indigna, que te perderá, por que no te ama. Te cree rico. Esto es lo que la tienta, acostumbra á vivir de los demás, la falsa bohemia, que no puede pasar sin la seda, sin los polvos de arroz, sin los cumplimientos... ¡Ah, desgraciado!

Y María se retorció las manos delante de un espejo en que apercibía la silueta contrahecha de su marido, sus miradas investigadoras, las muecas engañosas de su boca, los pliegues de un gran plastron blando como él. Le veía decidido á seguir su camino, sin meterse en discusiones. Furiosa se volvió hacia él y le abofeteó en los dos carrillos. El se puso un poco pálido y se limitó á exclamar:

—¡Cuidado que eres bestial!...

Entonces ella se dejó caer de rodillas á sus piés, la cabeza entre las manos, con una desesperación tan profunda, tan sincera, que sentía como abrirse su corazón y como si le sangrara dentro del pecho.

Tenía tantos agravios que echarle en cara, tantas amenazas que dirigirle, tantas penas que llorarle, y al mismo tiempo tantas súplicas que hacerle, que sus palabras acudían á la garganta en tropel y no podían salir. Por otra parte tenía la impresión de que ninguna penetraría por aquella frente cerrada, en aquella alma en que el deseo hacía tales estragos, en aquella alma que la cólera de ella petrificaba.

Francisco no pensaba más que en Juana, en tanto que los reproches y los suspiros de su muger producían en sus oídos un confuso murmullo. Era á Juana, á quien él tendría pronto en sus brazos; era con Juana, con quien él dejaría inmediatamente aquella aburrida casa tan rica, pero tan fea, llena de falsos objetos de arte.

Por una de esas transmisiones del pensamiento, frecuentes entre gentes que han vivido juntas, María comprendió lo que pasaba en él, y esto excitó más su enojo.

—¡Vete á donde ella!—le dijo cogiéndole de un brazo y empujándole despreciativamente—¡Corre á juntaros!...

Él no protestó, feliz por que le dejaban en libertad. Se enderezó, respiró con fuerza para expresar el exceso de su aburrimiento pasado y la inutilidad de aquella algarada, y después con paso lento y como de autómata se dirigió hacia la puerta.

Cuando Laura Montmelían, inquieta por la ausencia de María y por la reaparición de Francisco sólo, subió á su vez, encontró á su hija echada en la cama, la cabeza sobre la almohada que no podía ahogar los sollozos de la infeliz.

—¡Oh, querida mía, mi pobre hija!...

Laura la quería en realidad con todo su formi-

dable egoísmo, pero llevaba á tal extremo su afición á las actitudes trágicas, que lo sincero, lo verdadero de sus sentimientos, quedaba reducidísimo, en comparación con lo aparente. Como por otra parte estaba acostumbrada á la frialdad de su hija, poco sensible generalmente, le admiró ahora más su pena.

—¡Respóndeme hija mía, te lo suplico! ¿Qué es lo que te ha hecho?... Ya sabes que una madre puede oírlo todo...

—Escúchame, entonces—dijo María vuelta á la realidad por esas palabras convencionales de su madre; y mostrando una cara que denunciaba la horrible desaparición de sus esperanzas, arreglándose los cabellos con mano temblorosa, articuló lentamente, con voz mate y dura que á ella misma hacia daño:

—¡Eres tú quien con tus falsas ideas sobre la piedad y la caridad, ha causado todo el mal!... ¿Por qué elevaste á Juana á mi lado?... ¡Hija de una perdida, era de esperar que una perdida fuera ella también! Tu no ves esto, tu no entiendes esto... ¡Me ha llevado á mi marido, me lo ha cambiado, me lo ha transformado! No hay en él ya nada sano, nada de generosidad. Es un muerto que estaba hace un instante ahí, donde tu estás, un muerto...

—¿Pero qué pruebas tienes tú?

—¿Pruebas? ¡Ah, no me faltan!... Una carta de ella, que él ha dejado tirada, y que yo he leído y releído, que después he quemado, en la cual le hablaba de sus proyectos... Luego su retrato, el de ella, dedicado á él... con un mechón de sus cabellos... Desde hace tres meses yo le veía perderme afecto, disgustarse de mí, como consecuencia del trabajo de la otra, que yo espiaba... ¡No puedes tú

formarte idea de lo que yo he sufrido sin quejarme!...

Su dolor la apartaba de sus agravios precisos, á los cuales volvía sin transición.

—¡Mira si la vida es cruel, mamá: tu querías salvar á esa joven, apartarla de la miseria y del vicio, y me has perdido, me has destrozado á mí!... Cuando se crean deberes ficticios, es á expensas de los deberes naturales.

—Eres injusta—replicó Laura agitada, pero adaptando, sin embargo, al cuadro, toda su silueta maternal—Sofía Verneuil era para mi una hermana. Tu padre al morir me había hecho jurar que velaría por la niña del genial artista Estanislao Verneuil...

—¿Y quien impedía á ese genial artista velar él mismo por su hija? Su muger, sin duda, de quien vive separado... Tú, tú podías velar, pero... de lejos... En lugar de esto has sustentado, vestido, avivado un monstruo... Todo se aclara ahora para mí, demasiado tarde ya. Ella me odiaba, me envidiaba, y lo disimuló cuando tuvo noticia de mi casamiento. Luego ha procurado entrar en mi casa, hacerse en ella indispensable... ¡Oh, la infame!...

María recomenzaba á llorar. Se oían algo apagados, á través de las paredes y los cortinajes, los últimos ecos de una marcha bohemia.

—Quédate, si quieres—dijo á su hija Laura—No bajes á cenar. Yo te excusaré y mañana tomaremos una resolución.

Irguió el talle con valentía, siquiera ignorara qué resolución iba á tomar. Pero la gustaba el drama, aunque fuera á domicilio; las escenas que acababan de una manera vaga, las conclusiones